

RECUERDO NECROLOGICO

Una esquila mortuoria más; otros funerales por el alma de un católico fallecido. . .

Queridos amigos montañeros: Si la existencia de cada persona, encarna unos motivos de historia, si la vida de todos y cada uno de nosotros, llega por algo, a ser digna de mención, le ha tocado el turno a Pepe Aramburu. Nuestro querido Pepito, ha efectuado la máxima escalada, y así como hemos comentado a impulsos de nuestra afición, las conquistas del Everest, K-2, etc., hoy, hemos de celebrar la conquista del Cielo, por José Aramburu.

José Aramburu Eransus, casi a punto de celebrar sus bodas de oro como montañero, galardonado recientemente por la Federación, sencillo, entusiasta y buen amigo, en el punto de su accidente, nos deja la consigna para el futuro: «Hay que confraternizar». Todos los *mendigoizales* unidos es lo que él deseaba ver.

Sencillo, afable, siempre dispuesto a complacer, en verdad que desarrolló bien su lema. Confraternizó con todo el mundo. En estos tiempos de perfidias, iniquidades, egoismos y mentiras, cuántas veces he deseado ser como Pepe, que quiere decir ser ingenuo y ser bueno.

De excelente memoria, era un archivo de fechas y efemérides. Sólo perdía su facultad de recordar cuando marchaba de guía en una excursión. Estos extravíos en que hemos incurrido por las rutas de la montaña, nos han exasperado a los que dimos los primeros pasos con él, el Pepe culpable y despistado.

Muchas veces he comentado jocosamente con él, estos despistes y siempre me han hecho gracia sus alusiones y disculpas. Hasta en esto sabía dar aliciente a las excursiones.

Típicamente indumentado, sus abarcas han pisado Aneto y Monte Perdido, como gigantes benévolos con él, y a quien nunca han exigido especiales botas ni grampones como a los demás, porque Aramburu era vasco. Como tal, se había asomado a todos los miradores de su querida tierra y desde allí, desde lo alto, la contemplaba y amaba, viendo en sus *neskas* las más hermosas del mundo, en su lengua, la más dulce y armoniosa, en sus costumbres, las más sanas, en sus vinos, el más noble licor para templar el cuerpo y el alma, y, finalmente, en sus paisajes, el más valioso anticipo del Cielo.

Ahora que no lo tenemos ya, es cuando más nos daremos cuenta de cómo era Pepe. ¿Recordais sus arengas y discursillos? Eran discursos sencillos y sin énfasis porque no necesitaba esforzarse demasiado en demostrar que decía la verdad.

Como uno más de los que con un poco de chanza cariñosa, le hemos hecho salir más de una vez a ocupar esa tribuna en que suele quedar convertida la mesa de los trofeos en una fiesta de finalistas, siempre me he emocionado al terminar Pepe su discurso, sencillo pero aleccionador, breve pero elocuente.

Al proferir ese unánime ¡que hable Pepe! y hacerle sacar el papelito con el que previsoramente se había inspirado, nunca pensábamos que de labios de aquel hombre iba a escucharse un cúmulo de enseñanzas, pero lo cierto es que las mismas brotaban de aquella boca que no sabía decir más que verdades y es que Pepe hablaba para eso, para aleccionarnos y aconsejarnos; no era una exhibición.

Querido Pepe: Ahora que tu singular *¡hiepa, epa, epa!* ha dejado de oírse en la tierra como *irrintzi*, para mezclarse en la Gloria con Músicas Celestiales, no te olvides de nosotros y sigue protegiéndonos como intercesor en el Cielo, tan bien como apóstol supiste ser en la Tierra.

MIGUEL BENGOA
Del C. D. Navarra.